

"La 'razón poética' como hermenéutica del exilio en la obra de María Zambrano".

Dra. Alcira B. Bonilla (UBA – CONICET)

*Ceniza de aquel fuego, oquedad
agua espesa y amarga
el llanto hecho sudor
la sangre que en su huida se lleva la palabra
Y la carga vacía de un corazón sin marcha.
De verdad ¿es que no hay nada? Hay la nada
Y que no lo recuerdes. Era tu gloria.*

(María Zambrano, *Delirio del incrédulo*, 1950)

Esta segunda estrofa de *Delirio del incrédulo* (1950) (Moreno Sanz 1999: 87), uno de los pocos poemas que escribió María Zambrano, nos inserta en el meollo más dramático de la experiencia del exilio. Muestra un presente descrito en cinco versos más el añadido de la primera parte del séptimo (*Ceniza de aquel fuego, oquedad / agua espesa y amarga / el llanto hecho sudor / la sangre que en su huida se lleva la palabra / Y la carga vacía de un corazón sin marcha. / Y que no lo recuerdes.*). Esta descripción se sintetiza y refuerza con la expresión paradójica y devastadora del sexto: “*Hay la nada*”. Un pasado que no pudo ser se enuncia de modo lírico e intimista con las palabras finales: “*Era tu gloria*”. El futuro, cancelado. Resistencia a creer lo sucedido, ahogo, apenas vida y perdimiento absoluto, según consta en el penúltimo verso del poema: “*Perdido entre mí mismo no puedo buscar nada*”.

Y, sin embargo...

Única entre los escasos pensadores contemporáneos del exilio¹, Zambrano apuró el suyo larga y dolorosamente. Aunque tematizó el exilio en diversos escritos, hizo de él

¹ Además de los diversos pensadores del exilio español del '39 (Abellán 1998), entre los más actuales merece una referencia el ensayista uruguayo Fernando Aínsa, asiduo lector de Zambrano, con obras originales como *La reconstrucción de la utopía*, 1999; *Travesías. Juegos a la distancia*, 2000; *Pasarelas. Letras entre dos mundos*, 2002; *Espacios de encuentro y mediación. Sociedad civil, democracia y utopía en América Latina*, 2004.

más motivo que tema de su filosofía. La investigación reciente señala que ésta trasciende la contingencia histórica para erigirse como un nuevo origen, un *incipit vita nova* del pensar mismo a partir del acontecimiento del exilio. De allí el título de esta conferencia “La ‘razón poética’ como hermenéutica del exilio en la obra de María Zambrano”. En razón de la extensión de los escritos zambranianos y de las dificultades inherentes a los mismos dividiré esta conferencia en tres secciones: el exilio histórico-biográfico, escrituras y método de la “razón poética”, algunos corolarios de la filosofía del exilio zambraniana.

El exilio histórico-biográfico

1939 - 1984 son las fechas liminares del exilio real de María Zambrano. Los alcances de esta experiencia dolorosa en su vida y en su escritura no llegan a comprenderse sin algunas referencias a los años precedentes. *Delirio y destino*, autobiografía escrita en tercera persona en 1953 (Zambrano 1988), ofrece un testimonio preferencial de ese tiempo. Andaluza de nacimiento, Zambrano realizó su primera formación en Segovia bajo la guía decisiva de su padre, Blas Zambrano, profesor, periodista y socialista notable, y de Antonio Machado. Luego fue estudiante en la Universidad Central de Madrid y docente de la misma durante la Segunda República. Como parte activa del tramo final de esa época intensa (1868 – 1939) denominada “la Edad de Plata” (Mainer 1986), integró la Escuela de Madrid bajo la conducción de José Ortega y Gasset, frecuentó movimientos estudiantiles y políticos, y escribió algunos textos en los que ya se vislumbra su rumbo original. Tempranamente Zambrano decidió su vocación por la escritura y el desafío orteguiano de escribir filosofía en lengua española, actividad que con los años se le fue imponiendo de modo excluyente y sacrificial². Republicana militante y consecuente, tras una breve estancia en Santiago de Chile retornó para sumarse a la defensa de Madrid, siendo colaboradora asidua de diversas publicaciones, especialmente de la *Hora de España*, labor que continuó en Valencia y Barcelona, las otras capitales de la resistencia.

Precisamente en el número XII (diciembre 1937) de la revista mencionada escribió una nota dedicada a *La guerra* de A. Machado donde aparece por primera vez

² Ya en el artículo “¿Por qué se escribe?” de 1934 Zambrano señaló que la escritura se le había manifestado vocacionalmente como una doble sed de desvelamiento y de comunicación en tanto el escritor rescata las palabras de la vanidad del lenguaje hablado y las entrega a la comunidad espiritual que forma con su público. Hay que señalar que en las ediciones de *Hacia un saber sobre el alma* que incluyen este artículo aparece un error cometido por la propia filósofa respecto de la fecha de aparición.

la expresión “razón poética”. Si bien es emblemática de la obra de Zambrano, aquí la frase figura como rótulo de la búsqueda intelectual del poeta-filósofo. En efecto, convirtiendo el conflicto en espacio privilegiado para la reflexión, “desde el mirador de la guerra” Machado subrayó el carácter no polémico, “amoroso” del pensamiento. Quizá acicateada por la densidad reflexiva y emocional del trabajo de Machado, Zambrano halló en ese texto el nombre para su destino filosófico: el “método de la razón poética”, aunque todavía no estaba dado el tiempo propicio para su decantación. Vale la pena prolongar este paréntesis con la cita de un pasaje de Machado en donde se plasma la complementación de poesía y razón: “La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser”. Zambrano, entre otros comentarios del fragmento, profetiza su propio desarrollo filosófico posterior: “*Razón poética*³, de honda raíz de amor. No podemos perseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta *razón poética*⁴, de esta razón de amor reintegradora de la rica sustancia del mundo.” (Zambrano 1998 [1937]: 177).

El 25 de enero de 1939 Zambrano abandonó Barcelona y España. Los países en donde ella residió los cuarenta y cinco años que transcurren hasta el retorno a la patria permiten dividir su exilio en dos etapas: el exilio americano que finaliza en 1953, si bien estuvo jalonado por cortas estancias en Francia e Italia, y el exilio europeo. Relaciones complejas y muchas veces altamente conflictivas con los compatriotas igualmente exiliados y las autoridades universitarias mexicanas, así como la formación de un discipulado, trabajo intelectual desbordante expresado en publicaciones, clases y conferencias, y amistades entrañables con una influencia duradera (el caso paradigmático es su relación con el grupo *Orígenes*, especialmente con José Lezama Lima) caracterizan la primera etapa. Los rasgos sobresalientes de la segunda y más larga serán, en cambio, la consagración al cuidado de su única hermana, Araceli, víctima del horror nazi, el abandono de la enseñanza, una mayor soledad, el cultivo de amigos, parientes y colegas selectos y una concentración extrema en el estudio y la escritura.

Si bien es más breve su estancia como exiliada en América, México (Morelia), Cuba (La Habana), San Juan de Puerto Rico y Santo Domingo señalan hitos significativos para la obra zambranianiana. Los diversos testimonios de ese tiempo resultan

³ El destacado es de la autora de esta conferencia.

⁴ *Idem*.

un tanto contradictorios y tornan compleja la elaboración de un juicio sobre su incidencia existencial y filosófica en Zambrano. En efecto, la acogida de cierto público intelectual mexicano, ejemplificada por la admiración de Octavio Paz, no libró a Zambrano de dificultades en sus inicios académicos en Morelia, aunque, inversamente, fue recibida y halagada en Cuba y Puerto Rico. Los ecos subjetivos de estos paisajes geográficos y humanos son igualmente contradictorios. Por un lado, hay expresiones altamente positivas. Ya en 1948, la isla de Cuba por la que pasó en 1937 y en la que vivió con éxitos y amigos parte de este exilio americano es señalada como su “patria pre-natal” y, entre otras aclaraciones de esta expresión enigmática, la filósofa dice: “la patria pre-natal es la poesía viviente, el secreto de nuestro ser terrenal” (Zambrano 1948: 64). En “Violetas y volcanes”, artículo de rememoración escrito en 1989, recuerda con agradecimiento su primera clase en la “dorada” y salmantina Morelia (1º de abril de 1939). Cito:

“Comencé a dar mi clase en medio de ese silencio, en ese que tiene el indito, y lo digo con todo el cariño, en ese silencio del indito mexicano. Y cómo me escucharon, cómo me arroparon. Su silencio fue para mí como un encaje, como una envoltura o una mantilla de esas que les ponen a los niños que tiemblan. Porque yo temblaba y me quitaron el temblor” (Zambrano 2004: 689-690 n.45).

No sólo la experiencia universitaria en Morelia resultó frustrante para Zambrano, sino que en estos años experimenta realmente “el exilio de la historia”. *La agonía de Europa* (Zambrano 2000 [1945]), título de uno de sus libros más conocidos en donde realiza una fenomenología de la razón violenta, androcéntrica y abstracta europea y sus consecuencias nefastas, refleja también el final de los sueños de la instauración democrática y republicana en España, su sustitución por el totalitarismo franquista y, en lo personal, el término de los proyectos académicos y existenciales, el acoso incesante de la nostalgia por el estilo de vida perdido, la soledad (Zambrano 2004 [1940]: 94).

Zambrano escribió bastante sobre el exilio e incluso dejó un libro inédito sobre el tema del que fue publicando varios textos por separado o formando parte de otras obras, como informa J. Moreno Sanz en la antología crítica (Zambrano 2004: 462 n.25). Los abordajes más importantes son la “Carta sobre el exilio” (Zambrano 1961: 65-70), “El exilio, alba interrumpida” (Zambrano 1988: 85-86), “Amo mi exilio” (Zambrano 1989) y el capítulo “El exiliado” en *Los bienaventurados* (Zambrano 1990: 29-44). Es importante aclarar que el tratamiento zambraniano del exilio y de la figura del exiliado

excede el marco de la biografía personal o de las ajenas y el de los acontecimientos históricos. Si, en principio, el exilio y la soledad que conlleva, dan lugar a un retorno a la patria en la escritura, una verdadera *anábasis* literario filosófica a través de obras, personajes, momentos y lugares del pensamiento español, poco a poco se van convirtiendo en condición de posibilidad para un ahondamiento cada vez mayor en las raíces de lo humano y de la palabra hasta llegar a ser forma de vida y la expresión del exilio radical del hombre (exilio de la historia, exilio de la palabra, exilio del sujeto, exilio de la filosofía). Tal condición le impide encontrar patria, cobijo, en tierra alguna, sea real o metafórica, a excepción del texto que se convierte, para decirlo con palabras de George Steiner, en su *homeland* verdadera:

“De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues de lo que huye el prometido al exilio, marcado por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo” (Zambrano 1990: 38).

Escrituras y método de la “razón poética”

“De la razón poética es muy difícil, casi imposible, hablar”, se lee en *Notas de un método* (Zambrano 1989: 130). A pesar de ello, Zambrano la rodeó con su discurso durante toda su vida, la practicó ampliamente, sobre todo a partir de 1977 con la publicación de *Claros del bosque*, y la expuso en varios escritos. Su objetivo fue mostrar como de modo musical, discontinuo, sin pretensión de llegar a un final, hay que pensar la experiencia, enhebrar la vida y el pensamiento en una melodía que tenga como norma la razón poética. Ésta se presenta como “el camino adecuado” para una transformación del *lógos* filosófico que permita superar los errores persistentes en los que se ha extraviado el pensamiento occidental (Bonilla 1994) y hacerse cargo de lo que esta razón ha mantenido exiliado, en sombras. Los pasos cronológicos de este transcurso pueden esquematizarse en cuatro momentos principales: sus indagaciones de los diversos tipos de razón (principalmente la “razón mediadora”), el enunciado de la razón poética en la nota sobre Machado ya mencionada, los trabajos preparatorios al

despliegue de la razón poética, sobre todo a partir del exilio, y, por último, la obra de 1977 y las posteriores hasta su muerte en 1991.

Ya tempranamente su vasta cultura literaria llevó a Zambrano a preguntarse por la relación entre filosofía y poesía, entendiendo esta última en su sentido más lato de creación por la palabra o, incluso, de creación sin más. “Filosofía” es la palabra que define; “poesía”, la palabra de lo inexpresable que no quiere dejar perder la infinita riqueza de lo real. Tales son los términos de un conflicto –también el de la filósofa-, a su vez se dividido en la interrogación por la causa de la escisión entre ambas y la búsqueda histórica de un saber integrador (Zambrano, 1971: 117). La raíz originaria de filosofía y poesía es común: el deslumbramiento, la admiración. Pero, a diferencia de la poesía, el pensamiento filosófico violenta lo real y resulta así violento en casi todas sus formas antiguas y modernas, como lo pone de manifiesto la alegoría platónica de la caverna. La filosofía, como desgajada de un saber anterior, el mítico poético, aparece “como una resolución del hombre para encontrar la verdad por su cuenta en modo que le sea propia” (Zambrano, 1971: 129). Es así “la forma que adopta un pensamiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo” (Zambrano, 1971: 186). Dado este origen común de filosofía y poesía, históricamente se han dado momentos de acercamiento desde la filosofía a la poesía, en general de modo paradójico por la vía platónica del amor y de la creación, como lo evidencia la presencia del mito poético en la misma *República* y la culminación de una redención de la carne por el amor en *Fedro* y el *Banquete*. Además de los avatares seculares de este platonismo, Zambrano estudió diversas realizaciones en las que resplandece la raíz común, a la vez que muestra ejemplos de “poesía pura” (Paul Valéry) en los que el poeta realiza esfuerzos filosóficos y paga con el martirio de la lucidez su intento por fijar de modo necesario su sueño y delirio originales. En definitiva, como conclusión desilusionada, según Zambrano persisten el hiato y las dificultades para instaurar un pensamiento integrador, entre otras razones por el predominio del *lógos* androcéntrico occidental -un ejercicio de poder característico cuyo emblema es la universalidad *a priori* y abstracta- que al negar sus límites igualmente resulta negador de la riqueza radicada en la propia finitud, vale decir, los otros, la naturaleza, la historia. A partir de *Claros del Bosque* Zambrano busca integrar el *lógos* poético, enamorado de lo concreto y de la palabra que se recibe como don, y el *lógos* filosófico en una unidad de saber y de acción (que lo es de escritura y vida) por el “método de la razón poética”.

Estrechamente ligada a las preocupaciones anteriores, se presenta la cuestión de los géneros de escritura filosófica. Zambrano fue en extremo sensible al hecho de que la frondosa producción filosófica occidental manifiesta que el discurso denominado “filosofía” no es homogéneo en las diversas comunidades filosóficas, sino que se presenta bajo modalidades (géneros) extremadamente diversos cuyas pretensiones de hegemonía se confunden en general con pretensiones de verdad, aun cuando se reconozca la existencia de fronteras borrosas o el valor filosófico de innumerables textos literarios. Entre las y los filósofos recientes quizá sea María Zambrano una de las que más ha reflexionado e innovado sobre la cuestión de los géneros filosóficos y su relación o confluencia en algunos casos con los literarios. El tema no es para ella cuestión de erudición, sino de pensamiento y, como para Michail Bajtín, en consecuencia, cuestión de responsabilidad y de vida. Así, llega a sostener que las diferencias entre los géneros literarios sólo responden “a la necesidad de la vida que les ha dado origen” (Zambrano, 1995: 25). Si varias obras de Zambrano guardan la forma del ensayo filosófico, sea como libro, sea como artículo de revista, sin embargo, el pensamiento de la razón poética condujo igualmente a Zambrano al estudio y la experimentación de otros géneros, casi todos ellos capaces de retornar y transmitir palabras en las cuales se abre algún origen (el del ser mismo o el de alguna de sus posibilidades intensas o extremas). Sus estudios sobre el libro de Job, las tragedias griegas, la *Celestina* o algunas novelas, así como trabajos sobre personajes literarios, van en este sentido. Pero también integran este conjunto sus exploraciones filosóficas sobre géneros concebidos como “menores” por la filosofía académica, por ejemplo, la “guía” y “la confesión”. El discurso de las “guías”, en particular la de Maimónides, según Zambrano, emana de una razón “mediadora”, la razón “maternal”, piadosa, que en épocas de crisis acoge y auxilia la vulnerabilidad y perplejidad del ser humano (Zambrano, 1965). Si bien la “guía” no es la única manifestación de la razón mediadora, este discurso se asimila a exposiciones de un método, el método filosófico de vida, una especie de filosofar para otro. La “confesión”, en cambio, escrita en primera persona, se define como el lenguaje en el que se dan “los conatos de ser”, el “acto en el que el sujeto se revela a sí mismo, por horror de su ser a medias y en confusión” (Zambrano, 1995: 29). Estos rasgos particulares de la confesión la acercan a otro género explorado (y explotado) por ella: el “delirio”. Zambrano escribió diversos “delirios” en donde la razón poética pone razón y da palabra a *tópoi* tradicionalmente vedados para la literatura filosófica: el cuerpo y el sentir, sobre todo femeninos, los sueños, los miedos,

la locura. Los diálogos y monólogos de *La tumba de Antígona* (Zambrano, 1989c), la fascinante meditación filosófica en *Diótima de Mantinea* (Zambrano, 1989c) y su autobiografía *Delirio y destino* (Zambrano, 1989b) pertenecen a este género.

Para entender el movimiento filosófico de la razón poética y su escritura como hermenéutica del exilio, me parece conveniente retomar el *tópos* del exilio, pero ahora desde la fenomenología del exiliado que Zambrano elabora. Con fidelidad a la metodología fenomenológica de la descripción de esencias, Zambrano se abocó en *Los bienaventurados* a la caracterización del exiliado. Criatura de la verdad y de la memoria, el exiliado resulta un espacio de “revelación” de una dimensión esencial de la vida humana. La primera epojé que se opera en este texto es la del rechazo de las habituales caracterizaciones heroicas del exiliado, cargadas de supuestos, que acaban por deshumanizarlo. En tanto fenomenóloga, Zambrano quiso rechazar con este paso teórico de todo aquello que no tuviera que ver con la condición de exiliado en pureza. Esta epojé se completa con una práctica de las igualmente fenomenológicas “variaciones imaginarias”, en la confrontación de la figura del exiliado con las del refugiado y del desterrado: “Comienza la iniciación del exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado; lo que al refugiado no le sucede ni al desterrado tampoco” (Zambrano 1990:31), dice Zambrano. Abandono, acogida y expulsión, respectivamente, señalan las diferencias entre las figuras mencionadas. Cito:

“El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera. Algo encuentra dentro de lo cual depositar su cuerpo que fue expulsado de ese su lugar primero, patria se le llama, casa propia, de lo propio, aunque fuese el lugar de la propia miseria. Y en el destierro se siente sin tierra, la suya, y sin otra ajena que pueda sustituirla” (1990: 31-32).

El abandono (“nadie le pide ni le llama”) marca el carácter sacro del exilio. El exiliado es aquél a quien “dejaron en la vida”: en el desierto de la historia, despojado y expuesto, apareciendo, así, “sólo lo propio de que se está desposeído”. El exiliado es así una especie de iniciado, alguien que emprende una “peregrinación entre las entrañas esparcidas de una historia trágica”. El ser humano se ve reconducido hacia sí mismo en tanto nudo padecer. Como el recién nacido, está ritualmente presentado y ofrecido a la vida: “Y así, el exiliado está ahí como si naciera, sin más última, metafísica, justificación que esa: tener que nacer como rechazado desde la muerte, como

superviviente” (Zambrano 2004: 463). Esta particular revelación de sí pone en evidencia la condición más propia de todo ser humano y, a la vez, caminos para su realización personal e histórica.

Sacar a luz los sentidos de esta condición y de esta historia resultó la tarea posible que Zambrano pudo llevar a cabo mediante su recurso a la “razón poética”, en tanto ésta se le develó como la modalidad de la razón apta para hacerse cargo de todo aquello que ha estado en el exilio de la razón occidental. El “método de la razón poética” integra en unidad de acción y de saber el *lógos* poético, enamorado de lo concreto y de la palabra que se recibe como don, y el *lógos* filosófico. El nuevo método, cuyo lejano antecedente hay que buscar en la “razón vital” orteguiana -el “*lógos* del Manzanares”-, no busca la apropiación de lo real en el concepto como se hace habitualmente en la filosofía. Las operaciones que disuelven lo viviente y lo concreto en un universal *a priori* abstracto no alcanzan ya y deben ceder el espacio a otras operaciones de la mente, cuyo transcurso obligue al intelecto a seguir las indicaciones de los sentidos interiores afinados. Por consiguiente, este método de la razón poética resulta el más adecuado para el nacimiento verdadero de la persona humana y de sus obras en el tiempo (la historia). En la obra de la filósofa, por vez primera se da la posibilidad de conciencia y de expresión a un pensamiento que, asumiendo características de género, muestra con ello las vetas más profundas de la palabra y del pensamiento mismo, el camino todavía practicable para una transformación del *lógos* y de la historia, es decir, el camino para salir de la historia sacrificial que padecemos en dirección a una historia ética que posibilite al hombre su realización en plenitud (Bonilla 1994). Este método de un *lógos* transformado (“voz de las entrañas”, “luz de la sangre”), a entender de la filósofa, da razón de los “profundos” o ínferos del ser humano y de su historia –las entrañas, los sueños, el padecer, la temporalidad-, que han sido eludidos –condenados al exilio- por el imperio de la razón desencarnada, violenta y patriarcal. En definitiva, un método que no separe lo que estuvo unido en un principio: el sentir, como guía del entendimiento que luego es guiado por éste (Zambrano 1990: 89), en unión de simbiosis, danza, intercambio. Para Zambrano, “no hay filosofía propiamente si en ella no se da algo que sostiene y abandona al par a la arquitectura de la razón” (Zambrano 1990:76).

Después de estas consideraciones sobre el exiliado y la caracterización del exilio como abandono o retorno a la mayor desnudez existencial (recordemos el poema citado:

Hay la nada) que convierte al exiliado en el ser sagrado por excelencia, parecen imponerse las preguntas: ¿cómo seguir pensando en el exilio? ¿cómo recuperar el *lógos* que se está yendo en sangre (*la sangre que en su huida se lleva la palabra*)? La respuesta de Zambrano resulta desafiante en grado sumo para la filosofía académica, porque se coloca en los antípodas de la racionalidad habitual: delirando. Vale decir, forzando las palabras para que prolonguen y comuniquen el delirio de sentirse vivos en el abandono y desierto de la historia y la desnudez absoluta de la existencia, sin lazos, sin fronteras, sin proyecto, en el límite con la muerte. “Y comenzó su inacabable delirio. La esperanza fallida se convierte en delirio” Así escribe Zambrano sobre sí misma en tercera persona en una carta a Rafael Dieste en agosto de 1946 desde Nueva York mientras espera una plaza para volar a París en donde la aguardan su madre moribunda, que no alcanzará a ver, y Araceli, la hermana, enloquecida ya para siempre a causa de las torturas físicas y psicológicas que le infligieron los nazis durante la ocupación. Señala J. Moreno Sanz al respecto:

“El ‘Delirio de Antígona’ (publicado en 1948, núm. 18 de *Orígenes*) comienza ahora. Y a dúo, en singular versión de una inseparable sororidad llevada al límite: Marta (Araceli) y María (María), errantes gemelas en su inacabable exilio y desarraigo” (Zambrano 2004: 698).

Señalo, de paso, que este estudioso es el que mejor ha captado el valor mediador filosófico de los “delirios” zambranianos (Moreno Sanz 1999). En contacto íntimo con la locura de Araceli y en el paroxismo del dolor, se sigue produciendo en la vida y en la obra de Zambrano el milagro del pensamiento y de la creación por la palabra, al modo como sucedió en el caso de otros exiliados. La cuarta parte de *El exilio filosófico en América*, hermoso libro sobre los pensadores transterrados de 1939 de José Luis Abellán, se titula “El pensamiento delirante” y allí se expone la obra de María Zambrano, Juan Larrea, José Bergamín y Eugenio Ímaz (Abellán: 257-365). Todos ellos pensadores-poetas, peregrinos de una España trágica que esparció como despojos a sus mejores hijos por el mundo, comprometidos en el intento de seguir escribiendo después del espanto que hiela la sangre y las palabras.

Además de los antecedentes nietzscheanos que puedan señalarse para esta forma poco convencional de escritura, cabe citar la indudable influencia de S. Freud y la más cercana para ella de los “dislates” de San Juan de la Cruz. Si bien Zambrano fue mejor lectora de C. Jung que de Freud, su escritura “delirante”, las aclaraciones sobre la

misma y la posterior teorización sobre su propio método, evidencian algún conocimiento de la concepción freudiana del delirio tal como aparece en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (el presidente Schreber)* de 1911, vale decir en el marco de la primera tópica. Freud se aparta de las concepciones de su época que entendían el delirio como “producción mórbida”, para darle la significación de un síntoma; de este modo, “la formación del delirio, es en realidad una tentativa de curación, una reconstrucción” (el famoso “retorno de lo reprimido”, tentativa de restitución de la libido hacia el mundo exterior). El mecanismo del delirio o “proyección” es articulado por Freud como segundo tiempo de un procedimiento de transformación gramatical de una proposición inicial, procedimiento que constituye el verdadero mecanismo de la formación del delirio (Chemama 1998: 79-81). Si bien no voy a intentar una lectura psicoanalítica de Zambrano, que sospecho no muy productiva, sin embargo me parece útil subrayar en todos los escritos de referencia autobiográfica de Zambrano el empleo aparentemente trastocado de los pronombres, como un rasgo sobresaliente e indicial.

Quizá sea mucho mayor la influencia del místico carmelita, cuya obra conoció al detalle Zambrano, así como la de los antecedentes sufíes del mismo (Zambrano 2004; Moreno Sanz 1999 y 2004). Según Luce López-Baralt, S. Juan de la Cruz puede cumplir su propósito comunicativo de traducir su experiencia mística al lector mediante la aparente ilogicidad de sus versos que llama “dislates”. Los comentarios y glosas del santo no logran aclarar su propia poesía, sino que en casi todos los casos refuerzan la ilogicidad en el sentido de una multiplicidad constante de significaciones. Sin embargo, lo que comunica es justamente la insuficiencia del lenguaje para transmitir esta experiencia y, a través de un estilo de liberación del lenguaje que permite opciones ilimitadas al autor y a su lector, traduce y provoca la experiencia de modo eficaz. Todas las nuevas variantes posibles resultan de la metáfora total, viva y abierta de los matices infinitos del amor. El santo poeta, empleando los procedimientos habituales en la tradición musulmana de la poesía mística comentada, propone la co-creación de un lenguaje infinito, que resulta posible por la desconceptualización del lenguaje y la desmentida de su capacidad de alusión; es, como llama a esta escritura, “música callada” (López-Baralt 2006). Otro tanto intentará Zambrano, si bien combinando la metáfora del exilio con la del amor o, como prefiere decir ella, el corazón.

Aun en el “Delirio de Antígona”, 1947-1948 (Zambrano, 1948), anterior al poema que se citó como epígrafe de la conferencia, en Zambrano el delirio es mucho más que una reacción personal, de carácter tanto somático como psíquico y espiritual ante el horror y la pérdida extremas. Más que este texto puede inducir confusión el título de su mayor escrito autobiográfico, *Delirio y destino* (Zambrano 1989), igualmente escrito en tercera persona como el fragmento de la carta dirigida a Dieste. Ella misma aclara en la “Presentación” que el libro lleva el latido de su vida y que integra tanto de “Los veinte años de una española”, compuesto al término del exilio americano en 1953, cuanto los diez textos de la segunda parte, justamente agrupados bajo el título de “Delirios”, igualmente aspectos de esta autobiografía verdadera porque “no son una falacia de falso ensoñamiento” (Zambrano 1989: 12). Zambrano afirma que el delirio brota sin límites “no sólo del corazón humano, sino de la vida toda”, que es: “Signo del ser que se da en la historia. La pasión de la vida que irremediamente se vierte y se sobrepasa en historia” (Zambrano 1977: 43). En razón de ello, puedo defender la hipótesis de que el delirio es parte integrante del método de la razón poética, el primer paso del mismo.

El texto más completo, conciso y claro sobre la razón poética es precisamente el titulado “Método” de *Claros del bosque* que cito *in extenso* a continuación:

“Hay que dormirse arriba en la luz.

“Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio.

“Allá en ‘los profundos’, en los *inferos* el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.

“Arriba en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.” (Zambrano 1977:39).

Sin nombrarlo, el texto citado ofrece la ubicación metodológica del delirio. Siguiendo estas indicaciones, el delirio se evidencia como la primera instancia del método. Es el trabajo propio del corazón, la entraña que vela la existencia y organiza el tiempo con su latido cuando toda esperanza parece perdida y en su desvelo reenciende

la palabra y el pensamiento otra vez desde la oscuridad, el abandono, la penuria dando forma, articulación, al terror (el exilio) que la carne sólo puede expresar como aullido. No hay “razón poética” posible sin este esfuerzo de desentrañamiento que no proviene de la razón, sino precisamente de las entrañas, que abre camino a la formación de imágenes reveladoras y de símbolos pregnantes de sentido, que es fuente de la memoria y del más genuino trascender. Como señala la propia Zambrano en el epígrafe de “La rosa del tiempo”, otro delirio: “La cifra de la belleza en que los íferos, las raíces, se rescatan” (Zambrano 1989:139).

Algunos corolarios de la filosofía del exilio zambraniana

Los temas de la filosofía del exilio y con el método de la razón poética trata Zambrano son variados: la fenomenología y hermenéutica de los sueños, los lugares de la palabra, la creación por la palabra, la persona y la historia, el sujeto, la historia de la filosofía, la tragedia, etc. Para finalizar nuestra errancia de hoy por la obra de Zambrano siguiendo el hilo conductor del exilio, he seleccionado dos ejemplos notables: la fenomenología y hermenéutica de la piedad y el pensamiento auroral que Zambrano propugna.

a) Fenomenología y hermenéutica de la piedad

En el año 1945 Zambrano elaboró el proyecto de publicación de la “Historia de la Piedad”, uno de sus estudios sobre las “formas íntimas de la vida humana”, tema del que fue desarrollando diversas variaciones a lo largo de sus escritos. A su regreso con Araceli a La Habana en 1949 dictó un curso sobre la piedad y publicó “Para una historia de la Piedad” en el N° 17 de la revista *Lyceum*. Finalmente, dedicó a la piedad el segundo capítulo de su libro *El hombre y lo divino* (1955).

En la piedad Zambrano reconoce una de las “formas íntimas de la vida humana”, vale decir, de aquéllas en las que se da el contacto inicial y sagrado del hombre con la realidad toda -su inserción en el universo-, la cual, manifestándose como irreductible y resistente, convierte al ser humano en esperanza, avidez, hambre y padecer. En tanto heredera de la filosofía occidental Zambrano comienza su indagación con la pregunta socrático-platónica del *Eutifrón* “¿Qué es la piedad?”, atendiendo entonces “hacia algo al par cotidiano y encubierto” (Zambrano 1991: 188). No se le escapa que se trata de una cuestión dramática y extraña a la filosofía; más aún, irritante en tanto pretende

convertir en conocimiento lo destinado a las sombras (me pregunto: ¿tal vez por un carácter “femenino” inherente a la piedad misma?).

La dialéctica del diálogo, que pasa de definir la piedad como la virtud de tratar debidamente con los dioses (mediante el rito y el sacrificio) para terminar en la del saber adecuado sobre lo justo y lo injusto (el saber y la virtud socráticas) no satisfizo a la filósofa quien elabora otra definición más abarcativa: “piedad es el saber tratar adecuadamente con lo otro” (Zambrano 1991: 191). Su reflexión toma aquí un giro decisivo que explica a la vez las hesitaciones del Sócrates platónico y la ausencia de la piedad en el canon temático de la filosofía. ¿No es, acaso, “lo otro” eso que intentó eliminar por todos los medios el *lógos* griego desde el ser parmenídeo pasando por el Platón más escolar y el acto puro aristotélico? Y si ser y decir están en el mismo plano en el horizonte del *lógos*, ¿cabe realmente la pregunta por la piedad en el territorio del *lógos*, puesto que en éste quedan destruidas las especies de “lo otro”?

Al investigar los orígenes de la piedad, Zambrano distingue entre una piedad más antigua, la que precede a la filosofía y con la que se intenta conjurar la angustia de lo sagrado que es despertada por la realidad innominada, y una nueva piedad desde el ser, tal vez la esbozada por la Diótima del *Banquete*. Según Zambrano, el estoicismo sobre todo en su versión senequista encuentra el camino para esta forma de persistencia del mundo sagrado en el mundo del ser y del pensamiento en el ejercicio de una “razón mediadora”, según lo mostró en *El pensamiento vivo de Séneca* (Zambrano, 1965), una razón tolerante que se acompaña también del número y la armonía⁵.

Sin embargo, más que conocimiento, desde sus orígenes la piedad es acción y busca ser eficaz. Puesto que no brota de un conocimiento activo que asume “lo otro” bajo las categorías de “lo mismo”, sino, por el contrario, porque la piedad “es sentir, sentir ‘lo otro’ como tal, sin esquematizarlo en una abstracción” (Zambrano 1991: 203), se experimenta la necesidad de tratar con “lo otro” según algún orden o norma, en síntesis, realizando una acción eficaz (conjuro, invocación, rito) para arribar incluso a su conocimiento.

La tragedia griega se incluye en este horizonte sacrificial, aunque, estando la tragedia motivada por las situaciones humanas más extremas, sin codificación posible,

⁵ Esto último conduce a Zambrano a señalar que quizá se deba al pitagorismo subyacente al estoicismo la solución del conflicto.

Zambrano busca desmarcarla de los ritos habituales vinculados con las estaciones de la naturaleza, el nacimiento y la muerte o la conmemoración de hechos gloriosos. Cito:

“La tragedia griega es la madurez de este modo de expresión: conjuro, invocación, decires, que se repiten de tiempo inmemorial, lenguaje de la piedad; género clásico del mundo arcaico. Oficio de la piedad, del sentir que es hacer y conocer; expresión y fijación de un orden que da sentido a los sucesos indecibles; una forma de liturgia” (Zambrano 1991: 208).

Con el tratamiento de destinos desmesurados, monstruosos, que se transmiten a través de siglos encarnándose en seres singulares, la tragedia actúa al modo de un exorcismo que reintegra al culpable a su condición humana, pero en esta operación de reintegrar “lo otro” en “lo uno”, es decir, en la condición humana, muestra a ésta en toda su extensión, en sus entrañas personales e históricas. Este orden que establece la tragedia, no es el de la filosofía, sino “un orden hecho de razones secretas, sutiles, paradójicas; de razones del corazón que sólo el delirio da a conocer” (Zambrano 1991: 210).

Ahondando en la definición y significación de la tragedia, se abre camino una nueva y más abarcante interpretación de la catarsis, que asume y supera las posiciones bien conocidas de Aristóteles y Freud. Los cientos de espectadores de este oficio de la pasión y la piedad del hombre padecen con los personajes el trabajo de nacer, de ganar la soledad, de ser visto y juzgado, de tratar con “lo otro” y con uno mismo, de comenzar la verdadera historia de la libertad y el pensamiento y de pagar por ello:

“Porque la prenda pagada es el inevitable sacrificio que libra de la carga heredada y de la genérica. Se paga por ser hijo y por ser simplemente hombre y sólo entonces se abre el camino de la vida individual; sólo a partir de entonces se puede pretender ser uno mismo. Al atender al juego total, como Antígona, se cierra el proceso trágico. El justo que paga abre el camino de la libertad.” (Zambrano 1991: 211).

Reaparece la referencia a Antígona, figura que desempeña la función arquetípica de “aurora de la conciencia humana” en la obra de Zambrano (Bonilla 1991: 61-64), pero que por ello mismo es la manifestación de la piedad más intensa, llevada hasta sacrificio de sí. Resultan esenciales las páginas de *La tumba de Antígona*, obra *sui generis*, en donde después de un “Prólogo” extenso, aparecen diversos delirios enhebrados por la piedad que transcurren en la cueva de piedra donde enterraron a

Antígona viva y en los cuales ésta va adviniendo a la palabra y al nacimiento verdaderos y salva por el amor a los personajes malditos de la historia trágica de su estirpe y, por extensión, de toda historia trágica, incluida la Guerra Civil Española (Zambrano 1989c).

Antígona, la *autoadelpa*, la hermana por excelencia, se convirtió igualmente – como fue señalado- en la referencia inmediata del sufrimiento de las dos hermanas Zambrano y en el modelo para la entrega exclusiva al cuidado de Araceli de la propia María. Abellán repasa en el hecho de que Zambrano no publicó ningún texto entre 1967 y 1977, año de la edición de *Claros del bosque*, en donde eclosiona plenamente la razón poética. Ese fue el tiempo privilegiado del “trabajo de la piedad”, tanto por la dedicación absoluta a la hermana que muere en 1972, como por el ahondamiento en la razón poética que posibilitó la fermentación de los escritos futuros. Según cita de Abellán:

“Bástenos saber que con el sacrificio que esa piedad le impuso, Zambrano entra en la esfera religiosa de lo sagrado, porque, si el sacrificio es un rito por el que entregamos algo para recuperar otro algo al nivel de lo sagrado, ella hará de ese rito una ruptura con el historicismo que amamantó sus orígenes intelectuales. [...] La piedad –y con ella la recuperación de lo sagrado- servirá a María Zambrano para recuperarse a sí misma como pensadora de una ‘razón poética’ que se hace acreedora de un ‘espacio vital’ propio” (Abellán 1998: 277-278).

b) El pensamiento auroral

Tal como se evidencia en el capítulo de *Claros del bosque* “Método” ya citado, la escritura de la “razón poética”, a través de imágenes, sonidos y metáforas simbólicas, es un pensamiento de “natalidad”, que intenta una creación del ser por la palabra (C. Maillard 1992) partiendo de su hundimiento en los *ínferos* y atravesando las noches oscuras de las entrañas, el sentir, los sueños y la historia hasta trascender finalmente en una aurora en la que puede desplegarse como canto de alondra para aquietarse místicamente en el centro, en la luz.

Así como el “corazón”, antes que metáfora es víscera vital, “entraña”, la “aurora” es *physis* para Zambrano, pero de un modo especial, como lo fue para San Juan de la Cruz y para F. Nietzsche: “La aurora se nos aparece como la *physis* misma de la razón poética” (Zambrano 1986: 30), dice Zambrano. No, obviamente, en el sentido de las antiguas filosofías de la naturaleza, sino como raíz del sentir originario y “guía” de

la razón poética en su camino ascensional ofreciéndole el espacio de luminosidad inicial para que la palabra aun no concebida, “flor única”, vaya germinando y aparezca. Purificada por la piedad y bajo la guía auroral de la razón poética, Zambrano intentó en la última parte de su vida deconstruir el exilio de la filosofía, colonizada por la razón androcéntrica, abstractiva y violenta, y el exilio de la palabra, colonizada por el lenguaje instrumentalizado, restituyéndolas a sus orígenes a la vez físicos, vitales y sagrados. Zambrano sintetiza esta función privilegiada de la Aurora del modo siguiente:

“Su significación metafórica alude casi de continuo a un comienzo, a una vida nueva, o a un nuevo conocimiento y no enteramente predecible; no es una utopía, ni puede, por tanto, ser un itinerario, un método a desarrollar, a seguir. Su acción es de otro género; seguirla sería, si se pudiera, encontrar una nueva vía al conocimiento” (Zambrano, 1986: 118).

Los últimos textos de Zambrano, de los que he citado apenas fragmentos, no la muestran como una pensadora trágica, a pesar de la tragicidad intensa de su existencia y de sus estudios sobre la tragedia, sino que autorizan su calificación como una pensadora de la esperanza. Por esta razón, voy a dar término a la conferencia con una reflexión sobre “Las raíces de la esperanza” (Zambrano 1990: 97-112), donde Zambrano convoca a la esperanza como meta cotidiana de nuestra precaria libertad en la medida en que ella nos constituye como seres humanos más plenos. Preguntar por las “raíces de la esperanza”, es llevar la indagación hasta esa forma de la esperanza que da sustento a todas sus manifestaciones, aun a aquéllas en las cuales resulta difícil adivinarla. “La esperanza sin más”, convertida en sustancia única de la vida de alguien o de un pueblo, es el eje de la reflexión zambraniana, mientras el “esperar concreto” y la “esperanza con argumento” son tratados fenomenológicamente, casi a modo de variaciones imaginarias, para establecer un contraste que permite el desvelamiento pleno de la primera. La esperanza en estado puro -“genérica”, “absoluta”- es “el fondo último de la vida” o, como aclara unos renglones más adelante, “la trascendencia misma de la vida que incesantemente mana y mantiene el ser individual abierto” (Zambrano 1990: 100). Por eso se muestra como anhelo infinito que apuesta a la vida y a la felicidad y se manifiesta del modo más evidente cuando todo parece haberse perdido. La resistencia de pueblos

enteros amenazados de aniquilación se debe a esta esperanza y puede enseñar a un estupefacto y consumista Occidente el nombre verdadero de la felicidad.⁶

La esperanza, si bien tiene su centro de atracción en el futuro, es siempre activa y fecunda. Hacia ella se proyecta el hombre para seguir siéndolo, para serlo cada vez más. Y la esperanza no es “algo”, aunque a veces se objetive en algo. Porque en esa aspiración que no es un simple aguardar como en la espera, sea a través de una meta concreta (lo que Zambrano llama “esperanza con argumento”), o en un sentido “genérico”, “absoluto”, aquello que el hombre busca desde su ser limitado, es esa armonía con “lo-otro” y “los-otros” que lo reintegre a su plenitud vital, que le permita el reingreso al “paraíso perdido” o la “edad de oro” que cruza, como una nostalgia irredimible, todas las dimensiones del arte y de la vida.

Si bien la realidad puede oponerse a veces a la esperanza al mostrarse como resistencia, es básicamente positiva, en tanto se mantenga, incluso de modo latente, la confianza en la realidad, la apuesta spinoziana por el ser y, como corolario, por el *conatus* que da dinamismo al todo-*Natura*: “Y así, todo lo que el hombre busca conocer, y todo sentir ante la realidad, toda acción que proyecta, todo padecer que sobre él cae, toda verdad que le sale al encuentro es acogida primariamente por la esperanza sin que ella siquiera se dé a ver” (Zambrano 1990: 101). Esta descripción fenomenológica considera las situaciones límite como espacios de visibilidad privilegiados, en tanto el conocimiento arraiga en la finitud y proviene de la carencia. Gabriel Marcel, de quien fue lectora atenta Zambrano, había mostrado la esperanza como el acto por el cual en las adversidades se supera de modo activo y victorioso la tentación de la desesperación (Marcel 1944). Por ello algunos lugares de inmovilidad y encierro o en donde el hombre ha perdido la salida, es decir, lugares en los cuales parece operarse una compactación o detención del tiempo –de la vida-, resultan particularmente simbólicos de la esperanza: la caverna, la galería oscura y cerrada, el laberinto y la estancia enmurada: “Y esto sucede porque el pasado se sobrepone al presente y al porvenir, cerrando el futuro” (Zambrano 1990: 101). Recuperar la esperanza, la posibilidad abierta hacia lo que no es-todavía pero puede y debe ser, significa rescatar a la memoria de su reificación en la pasividad y desentrañar el tiempo. Permitir el despliegue del tiempo, volviéndolo a su condición normal de medio natural de la acción, es tender un puente hacia la

⁶ “[...] que la felicidad no es fruto que se recoja por sí mismo,... hay que hacerla, sostenerla, crearla y, aún más difícilmente, saberla recibir y recoger cuando llega”(Zambrano 1990: 99).

resurrección de la vida en tanto historia individual y colectiva, construcción y trasmisión (trascendencia) de un sentido. Con esta metáfora del puente y sus varios arcos o pasos la pensadora malagueña vincula igualmente la del camino y sus etapas. De esta manera, hay una ascensión, un crecimiento de la esperanza que se va dando a través de su propio cultivo.

Fiel a su método de la “razón poética”, Zambrano apela también a la metáfora del corazón⁷ para dar cuenta de las tres etapas o “pasos” de la esperanza que le resultan esenciales: 1) la aceptación de la realidad como tal desde una mirada hecha a la luz de la verdad, que desemboca en la transformación del destino en libertad (cumplimiento o realización con sentido), 2) la llamada y la invocación y 3) el don, ofrenda y/o sacrificio. Esta visión “cordial” desemboca en una comprensión más honda de la esperanza y sus momentos: “La circulación que el movimiento del corazón establece trasciende por la esperanza todos los dominios de la vida humana” (Zambrano 1990: 111). Siguiendo el hilo de la argumentación poética de Zambrano, se podría concluir que sólo esta esperanza creadora y reveladora permite emprender, una y otra vez, la marcha interminable hacia nosotros mismos, como sujetos históricos que somos – individuales y colectivos-, habiendo renunciado por igual a las tentaciones de la desesperación, a la instalación en la seguridad y a los espejismos de posibles paraísos (los del retorno al pasado, los de una felicidad homogénea en el futuro terreno y los celestiales, que convalidan o toleran discriminaciones, masacres y actitudes fundamentalistas).

Para terminar cito el párrafo final de este bellísimo texto:

“Pues que hay una esperanza que nada espera, que se alimenta de su propia incertidumbre: la esperanza creadora; la que extrae del vacío, de la adversidad, de la oposición, su propia fuerza sin por eso oponerse a nada, sin embalsarse en ninguna clase de guerra. Es la esperanza que crea suspendida sobre la realidad sin desconocerla, la que hace surgir la realidad aún no habida, la palabra no dicha: la esperanza reveladora; nace de la conjunción de todos los pasos señalados, afinados y concertados al extremo; nace del sacrificio que nada espera de inmediato mas que sabe gozosamente de su cierto,

⁷ “La esperanza encendida como fuego y como lámpara en el corazón hace de él el centro donde el entendimiento y la sensibilidad se comunican; es el centro donde se verifica esa operación vital tan indispensable que es la fusión de los deseos y de los sentimientos, donde los deseos se purifican y los sentimientos se afinan, el vaso de unificación de todo el ser” (Zambrano 1990: 111).

sobrepasado, cumplimiento. Es la esperanza que crece en el desierto que se libra de esperarnos por no esperar nada a tiempo fijo, la esperanza librada de la infinitud sin término que abarca y atraviesa toda la longitud de las edades” (Zambrano 1990: 112).

Muchas gracias.

Referencias bibliográficas

- Abellán, José Luis (2006) *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona, Anthropos.
- Abellán, José Luis (1998) *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México, FCE.
- Actas del II Congreso Internacional sobre la vida y la obra de María Zambrano* (2000) Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano.
- Aínsa, Fernando (1999) *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.
- Aínsa, Fernando (2000) *Travesías. Juegos a la distancia*, Torremolinos (Málaga), Ediciones Litoral.
- Aínsa, Fernando (2002) *Pasarelas. Letras entre dos mundos*. París, Indigo.
- Aínsa, Fernando (2004) *Espacios de ecuentros y mediación. Sociedad civil, democracia y utopía en América Latina*. Montevideo, Nordan.
- Aranzueque, G. (ed.) (1997) *Horizontes del relato*, Madrid, Cuaderno Gris.
- Arcos, José L. (1997) María Zambrano e la Cuba segreta, *Aut aut*, N° 279, 135-144.
- Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”* (1999), N° 1. Barcelona, Publicaciones de la Universitat de Barcelona.
- Bajtín, Mijaíl (1985) *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Bajtín, Mijaíl (1998) *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Comenrios de Iris M. Zavala y Augusto Ponzio, Barcelona, Anthropos.
- Beneyto, José María; González Fuentes, Juan Antonio (coord.) (2004) *María Zambrano, la visión más transparente*, Madrid, Trotta.
- Bloch, Ernst (1977) *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar, 3 vols.
- Bonilla, Alcira B. (1981) Palabra y razón poética en la obra de María Zambrano, *Revista Universitaria de Letras*, III, 1, Mar del Plata, 95-120.
- Bonilla, Alcira B. (1991) Razón poética y género: arquetipos femeninos, *Philosophica Malacitana* Vol.IV, 49-64.
- Bonilla, Alcira B. (1994) La transformación del lógos, *Asparquía. Monogràfic: María Zambrano*, Castellón, 13-19.
- Bonilla, Alcira B. (1996) Ser y deber ser a través del espejo, *Escritos de filosofía*, N° 29-30, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, 217-229.
- Bonilla, Alcira B. (2002) Escritura y pensamiento del exilio en María Zambrano, en Lena Paz, M. (comp.), *Teatro – Cine – Narrativa. Imágenes del nuevo milenio*, Buenos Aires, Nueva Generación, 63-70.
- Bonilla, Alcira B. (2003) Filosofía y utopía en América Latina, en Lobosco, Marcelo (comp.), *La resignificación de la Ética, la Ciudadanía y los Derechos Humanos en el Siglo XXI*, edición bilingüe, Buenos Aires, Eudeba, pp. 177-190.
- Bonilla, Alcira B. (2005) Después de la espera, la esperanza, en Guerci de Siufi, Beatriz (comp.), *Filosofía en el NOA y más allá*, San Salvador de Jujuy, EdiUnju, pp. 15-21.
- Bonilla, Alcira B. (2007) Ética, mundo de la vida y migración, en Ricardo Salas Astrain (ed.), *Sociedad y Mundo de la Vida, a la luz del pensamiento Fenomenológico-Hermenéutico actual*, Santiago de Chile, EUCSH, 27-57.

- Bonilla, Alcira B. (2008) La biografía como género filosófico, *Stromata*, Año LXIV, N° 1/2, Enero-Julio 2008, pp. 38-52.
- Bonilla, Alcira B. (2008) La ‘razón poética como discurso femenino del exilio en el pensamiento de María Zambrano. En *Actas. Simposio sobre Género, Arte e Memoria “Abrindo a caixa de Pandora”*, 29-09 a 1º-10- 2008, Universidade Federal de Pelotas, Brasil.
- Bousoño, Carlos (1976) *Teoría de la expresión poética*. Sexta ed. aumentada. Edición definitiva. Madrid, Gredos, 2 vols.
- Bundgard, Ana (2000) *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta.
- Chemama, Roland (Dr.) (1998) “Delirio”, en *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 79-83.
- Comisión cubana de cooperación intelectual (1943) *Plática de La Habana. América ante la crisis mundial*. La Habana.
- Cortázar, Julio (1970) *Los Reyes*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Cortázar, Julio (1991) *Rayuela*. Edición crítica de J. Ortega y S. Yurkievich (coord.). Buenos Aires, FCE.
- Curie, G. (1998) “Narrativity”, en E. Craig (G.Dr.) *Routledge Encyclopaedia of Philosophy*, Version 1.0, London, Routledge.
- Derrida, Jacques (1997) *El monolingüismo del otro*, Buenos Aires, Manantial.
- Derrida, Jacques (1997) *Adieu à Emmanuel Lévinas*, Paris, Galilée.
- Derrida, Jacques (1967) *L’écriture et la différence*, Paris, du Seuil.
- Duby, G., Perrot, M. (1991) *Storia delle donne*. 3. ed. Roma-Bari, Laterza, 10 vols.
- Foucault, Michel (1999) *Entre filosofía y literatura*, Barcelona, Paidós.
- Foucault, Michel (1991) *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós.
- Foucault, Michel (1996) *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós.
- Freccero, J. (1986) “Autobiography and Narrative”, en T.C. Heller, M. Sosna, D.E. Wellbery, *Reconstructing Individualism*, Stanford, Stanford University Press, pp. 16-29.
- Gabriel, Gottfried; Schildknecht, Christiane (Hrgs.) (1990) *Literarische Formen der Philosophie*, Stuttgart, J.B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung.
- García Lorca, Federico (1989) *Antología* (facsimil de la edición chilena de 1937). Con Introducción de María Zambrano. Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano.
- Juan de la Cruz (san) (1978) *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*. Ed. de Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús y Lucinio Ruano. 10ª edición. Madrid, B.A.C.
- Kierkegaard, S. (2007) *Johannes Climacus o el dudar de todas las cosas*. Introducción, traducción y notas P. Dip. Buenos Aires, Gorla.
- Kierkegaard, S. (1975) *In vino veritas. La repetición*. Madrid, Guadarrama.
- Kumar, Krishan (1991) *Utopianism*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Levinas, E. (1993) *Entre nosotros*, Valencia, Pre-textos.
- Levinas, E. (1978) *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence*, Haag, Martinus Nijhoff.
- López-Baralt, Luce (2006) “Los lenguajes infinitos de San Juan de la Cruz e Ibn-‘Arabi de Murcia”, en *Actas. VI Congreso AIH*.
- López de la Vieja, M.T. (ed.) (1994) *Figuras del lógos. Entre la filosofía y la literatura*, México, FCE.
- Machado, Antonio (1937) *La guerra*. Dibujos de José Machado, 1936-1937. Madrid, Espasa-Calpe.
- Maillard, Chantal (1990) *El Monte Lu en lluvia y niebla. María Zambrano y lo divino*, Málaga, Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones.

- Maillard, Chantal (1992) *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Barcelona, Anthropos.
- Maillard García, María Luisa (1996) Mujer y narración en María Zambrano, *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº 1.
- Maillard García, María Luisa (1996) La literatura y el vivir literario en María Zambrano, *El Basilisco*, nº21, segunda época, abril-junio 1996.
- Maillard García, María Luisa (1997) *María Zambrano. La literatura como conocimiento y participación*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.
- Mainer, José Carlos (1986) *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. 3.ed. Madrid, Cátedra.
- Marcel, Gabriel (1945) *Homo Viator: prolégomènes à une métaphysique de l'espérance*, Paris, Aubier.
- Moreno Sanz, Jesús (1983) Las fórmulas del corazón, *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Zero, 16-38.
- Moreno Sanz, Jesús (1999) *El ángel en el límite y el confín intermedio. Tres poemas y un esquema de María Zambrano*. Madrid, Endymion.
- Naharro-Calderón, J. M. (coord.) (1991) *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿Adónde fue la canción?"*, Barcelona, Anthropos.
- Ortega Muñoz, J.F. (1994) *Introducción al pensamiento de María Zambrano*. México, FCE.
- Poumier-Taquechel, M. (1998) "Antígona y María Zambrano", *Actas. II Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano*. Vélez-Málaga, pp. 621-638.
- Prezzo, R. (1997) "Aprendo gli occhi al pensiero", *Aut aut*, Nº 279, 39-54.
- Pucciarelli, E. (1960) "La filosofía y los géneros literarios", *Cuadernos filosóficos*, Rosário, Nº 1.
- Revilla, C. (ed.) (1998) *Claves de la razón poética*, Madrid, Trotta.
- Ricoeur, P. (1990) *Soi-même comme un autre*. Paris, Seuil.
- Ricoeur, P. (1995 y 2001) *Le juste*, Vols. I y II. Paris, Esprit.
- Ricoeur, P. (1995) *Tiempo y narración*, México, FCE.
- Ricoeur, P. (1999) *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós I.C.E. / U.A.B.
- Ricoeur, P. (2001) *Del texto a la acción*, México, FCE.
- Rocha-Barco, T. (ed.) (1998) *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*, Madrid, Tecnos.
- Said, Edward (2004) *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate.
- Sánchez Andrés, Agustín; Figueroa Zamudio, Silvia (coord.) (2001) *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Madrid / Morelia, Comunidad de Madrid / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Schumacher, Bernard (1996) "Espérance", en Monique Canto-Sperber, *Dictionnaire d'Éthique et de Philosophie Morale*, Paris, PUF: 524-528.
- Steiner, George (1996) *No Passion Spent*. London, Faber & Faber.
- Stratton-Lake, Philip (1998) "Hope", en Edward Craig (Gen.Dir.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, Version 1.0, London & New York, Routledge.
- Waldenfels, Bernhard (1995) Lo propio y lo extraño, *Escritos de Filosofía*, Nº 27-28, pp. 149-162.
- Zambrano, María (1945) *La agonía de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Zambrano, María (1948) "La Cuba secreta", *Orígenes*, 1948, Año V, Núm. 20, p. 64.
- Zambrano, María (2000) *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (1965) *El pensamiento vivo de Séneca*, Buenos Aires, Losada.
- Zambrano, María (1965b) *España, sueño y verdad*, Barcelona, EDHASA.
- Zambrano, María (1967) *La tumba de Antígona*, México, Siglo XXI.

- Zambrano, María (1977) *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral.
- Zambrano, María (1971) *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar.
- Zambrano, María (1982) *La España de Galdós*, Madrid, La Gaya Ciencia.
- Zambrano, María (1986) *De la Aurora*, Madrid, Turner.
- Zambrano, María (1986b) *Senderos*, Barcelona, Anthropos.
- Zambrano, María (1987) *A modo de Autobiografía*, Anthropos 70/71, Barcelona, Anthropos.
- Zambrano, María (1987b) *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza.
- Zambrano, María (1987c) *Filosofía y poesía*, México, FCE.
- Zambrano, María (1988) *Persona y Democracia. La historia sacrificial*. Barcelona, Anthropos.
- Zambrano, María (1996a) *Persona y Democracia. La historia sacrificial*. Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1989) *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Zambrano, María (1989b) *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori.
- Zambrano, María (1989c) *La tumba de Antígona. Diótima de Mantinea. Papeles para una poética del ser*, Málaga, Litoral.
- Zambrano, María (1990) *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1991) *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1992) *Los sueños y el tiempo*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1993) *La razón y la sombra. Antología*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (2004) *La razón en la sombra. Antología crítica*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1995^a) *Un descenso a los infiernos*, Sonseca (Toledo), La Sisle.
- Zambrano, María (1996b) *Filosofía y Literatura*, México, FCE.
- Zambrano, María (1995b) *La Confesión: Género Literario*, Madrid, Siruela.
- Zambrano, María (1996c) *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Ediciones Morata S.L.
- Zambrano, María (1998) *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (2007) *Algunos lugares de la poesía*. Edición, introducción y notas de Juan Fernando Ortega Muñoz. Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (1997) *All'ombra del dio sconosciuto. Antigone, Eloisa, Diotima*. A cura di Elena Laurenzi. Milano, Nuova Pratiche Editrice.